

DATOS SOBRE LA HISTORIA
DE LA PRONUNCIACIÓN FIGURADA
EN LOS DICCIONARIOS BILINGÜES
FRANCÉS-ESPAÑOL

Manuel Bruña Cuevas
Universidad de Sevilla

Fue Barthélemy Cormon quien inició (1800) la práctica de incluir la pronunciación figurada de las voces en los diccionarios bilingües francés-español¹. Su intención primera, según declara en el prólogo, fue aplicarla sólo en las entradas de la parte español-francés, pues pensaba que, valiéndose del alfabeto latino y sin necesidad de recurrir a símbolos extraños salvo para la jota, los usuarios francófonos de su obra podrían reproducir fácilmente los sonidos del castellano sólo con que estuvieran escritos a la francesa, es decir, según el valor que se da a cada letra o grupo de letras en francés escrito (*s* intervocálica española transcrita con *c* o *ç*, por ejemplo). En cambio, como el francés posee un elevado número de sonidos que de ningún modo pueden representarse si lee el alfabeto a la española (tales como la vocal y la consonante de *jeu*), Cormon no veía el modo de aplicar a las entradas francesas de su diccionario el mismo método transpositivo usado para las españolas. Pese a todo se decidió a aplicarlo cada vez que una entrada no contenía ningún sonido inexistente en español (por ejemplo, *mou*, transcrito *mu*), dejando sin transcribir la entrada en caso contrario (Bruña Cuevas, 2000). El resultado fue, por tanto, un desequilibrio entre la parte español-francés, en que todas las voces que lo necesitan están transcritas, y la parte francés-español, en que no lo están alrededor de un cuarto del número total de entradas.

Pese a lo insatisfactorio de esta primera tentativa en lo tocante al francés, la idea de incluir la pronunciación figurada en los diccionarios bilingües francés-español será recogida por Claude-Marie Gattel, quien, sin embargo, acusará a Cormon de plagio. Y es que Gattel había publicado en 1790 un diccionario trilingüe francés-español-latín que contaba entre los más famosos en el momento en que Cormon da a la prensa el suyo. Aunque esta obra de Gattel no incluía

¹ Sobre aspectos de este diccionario de los que no nos ocuparemos en este artículo, véanse BRUÑA CUEVAS (1999b: 100-101) y GARCÍA BASCUÑANA (1999: 114, 118). En este último trabajo se hallará el mismo género de comentarios sobre otros diccionarios francés-español de los que hablaremos más adelante.

pronunciación figurada, sí lo hacía su diccionario monolingüe francés publicado en 1797. Como el propio Gattel confiesa en el prólogo, la idea de transcribir la pronunciación, así como el método para llevarla a cabo, la había tomado del *Dictionnaire critique* de Féraud, publicado sólo algunos años antes (1787-1788). Idea y método estaban pues en el ambiente de los lexicógrafos de la época, por lo que la reacción de Gattel contra Cormon podría atribuirse sobre todo a su disgusto de ver surgir en el mercado de los diccionarios francés-español, no sólo un competidor más, sino, además, uno que aportaba una novedad cuyo honor y cuyo provecho económico hubieran podido redundar en su beneficio si se hubiera decidido a incorporarla —a imitación de lo que ya había hecho en su diccionario monolingüe— también en su diccionario francés-español-latín, ya fuera en su primera edición, ya en las reediciones (1794, 1798) anteriores a la primera edición del diccionario de Cormon. Pero sólo en 1803, posteriormente por tanto a la iniciativa tomada por este último, se decidirá Gattel a incorporar la pronunciación figurada a su diccionario trilingüe, incluyendo entonces las críticas a Cormon a las que hemos aludido. Su sistema de transcripción, aunque permitirá soslayar el inconveniente del diccionario de Cormon de dejar muchas voces sin transcribir, se prestará fácilmente a la crítica de éste. Cormon, en 1803, en el prólogo de la segunda edición de su obra, negará al sistema de Gattel ninguna ventaja sobre el suyo, reprochándole que una *z*, por ejemplo, aun escrita en cursiva para diferenciarla de las letras que no plantean problema de lectura a los españoles, no logrará por sí sola que éstos reproduzcan correctamente el sonido francés; más bien —piensa Cormon— la leerán a la española, lo que comportará resultados más negativos que si la palabra no hubiera sido transcrita². La oposición, siempre presente posteriormente, entre concepciones distintas sobre cómo transcribir el francés para los hispanohablantes no podía nacer, en el caso de los diccionarios, de un modo más virulento.

Precisamente esa pasión con que vivieron sus autores las dos primeras tentativas de diccionario francés-español con figuración fonética podría haber sido un

² «On trouve dans son Dictionnaire [el de Gattel] la prononciation des mots AISANCE, CHANSON, CHOSE, HEURE, ROBUSTE, etc., écrite par (*é-zan-se*) (*chan-son*) (*chô-ze*) (*eu-re*) (*ro-bus-té*). On voit par là que ses moyens consistent à répéter en lettres italiques, celles dont le son n'a point d'équivalent dans la langue espagnole. Il me semble que pour cela elles ne changent pas de valeur, que cet avertissement ne suffit point pour faire connaître leur vrai son à l'élève Espagnol, et que fussent-elles placées sens dessus dessous, cet élève ferait entendre (je parle à des Français) *é-çane-cé*, *tchane-sonne*, *tcho-cé*, *éou-ré*, *ro-bous-té*, etc., par la raison qu'il doit donner à chaque lettre qu'il voit le même son qu'elles ont en Espagnol. D'après ce petit nombre de citations, je me crois fondé à dire que, non-seulement la difficulté subsiste toujours, mais qu'il y a de plus confusion et erreur» (CORMON, 1803: v).

fuerte acicate para que el siguiente autor de un diccionario bilingüe tomara partido por uno u otro o intentara perfeccionar el sistema; pero, en vez de eso, más bien se diría que la polémica convenció a ese autor —Antonio de Capmany— de la inutilidad de tal empresa. Capmany, en efecto, declara en el prólogo de su diccionario:

Se han omitido también las formas de la escritura para la pronunciacion de las voces francesas, como trabajo inutil, é insuficiente auxilio á los lectores; pues, sin la voz viva del maestro, ó un largo trato y uso con los nacionales, nadie es capaz de llegar á poseer las diversas modificaciones de la articulacion, y acento, ya de letras aspiradas, mudas, abiertas, cerradas, líquidas, elididas, ya de sonidos nasales, guturales, labiales, &c. (1805: v).

La declaración es tanto más significativa si se tiene en cuenta que el propio título del diccionario de Capmany dice basarse en los de Cormon y Gattel³, aunque también es cierto que nuestro autor declara en el prólogo que venía trabajando en su diccionario desde seis años atrás⁴, lo que sitúa el comienzo de su proyecto en fecha anterior a la publicación de los dos primeros diccionarios con transcripción fonética. Así pues, aparte de la posible sinceridad de la declaración que acabamos de citar, quizá el que la idea de figurar la pronunciación lo sorprendiera cuando, de haberla adoptado, hubiera tenido que rehacer su plan primitivo, y el hecho de que, al ser su principal preocupación la corrección de las traducciones al español de textos franceses (Fernández Díaz, 1989), nunca se sintió atraído por cuestiones fonéticas⁵, explique sobradamente su renuncia a completar su obra con la pronunciación figurada.

El diccionario de Capmany alcanzó pronta fama. Publicado en España, venía a romper, como su autor había deseado⁶, el monopolio que las casas de

³ Sobre la veracidad relativa de esta declaración, véase BRUÑA CUEVAS (1999b: 99-102). Para una visión global del diccionario de Capmany, véase ROIG (1995).

⁴ La afirmación de Capmany parece responder a la realidad. En primer lugar, no nos parece exagerada, pero además el editor de su diccionario —Sancha— anunciaba en una nota que incluyó en la tercera edición de la gramática de Chantreau (1797: XIII), salida igualmente de sus talleres, que ya tenía en preparación un nuevo diccionario francés-español. Este anuncio tiene todos los visos de referirse al diccionario de Capmany.

⁵ Ya en su *Arte de traducir* avisa, justificándola, de la ausencia en la obra de una parte dedicada a la Prosodia, «es decir, aquella parte de la Gramática con que históricamente se designaba, ya desde la Antigüedad griega, a la que se ocupaba de los sonidos. La Prosodia trataba también de la métrica» (1776: 37).

⁶ Capmany lo expresa mitad en términos económicos, mitad en términos de autoría: «Avergonzado yo, como debiéramos estarlo todos los españoles, de que aun en este ramo de la literatura, convertido dentro de nuestra propia casa en comercio y tráfico pasivo,

edición francesas tenían sobre el mercado de los diccionarios francés-español⁷. Éstas, sin embargo, no tardaron en reaccionar. Pronto se publicó en París un nuevo diccionario bilingüe (Melchor Manuel Núñez de Taboada, 1812) que, al tiempo que incorporaba en la parte francés-español las mejoras aportadas por Capmany, completaba su obra con la parte español-francés que éste último se había negado a componer⁸. Pero, como heredero de la obra de Capmany, Núñez

hubiésemos de mendigar mas tiempo de manos extranjeras los socorros de un diccionario *francés-español*; emprendí la lectura, y con ella la reforma de todos [...] Tiempo era, pues, de que saliese algun laborioso y zeloso español á sacudir al fin este vergonzoso yugo extranjero, sacando á sus compatriotas de tan humillante tutela» (1805: II).

⁷ Capmany tenía razón en gran parte en cuanto a este monopolio, sobre todo si nos referimos a los treinta años anteriores a la fecha de publicación de su diccionario. Además de los de Cormon y Gattel, ambos editados en Francia, sabemos por el prólogo de su *Arte de traducir* (1776: XI) que Capmany también tenía noticias de los diccionarios de Séjournant (1749) y François Cormon (abuelo de Barthélemy Cormon, 1769), ambos igualmente editados en Francia por autores franceses. El título de la obra de este último —*Sobrino aumentado / Nouveau Dictionnaire de Sobrino*— debió de revelarle a Capmany que sí hubo un diccionario famoso de autor español, el de Sobrino (1705). De todos modos, y lo supiera o no Capmany —dada su fecha de publicación (1705) y la usurpación de su nombre por François Cormon—, ni el diccionario original de Sobrino ni sus muchas remodelaciones se editaron nunca en España. Y también se editó fuera el *Vocabulario políglo* (1787) de Hervás y Panduro. Pero ello no significa que no hubiera habido durante el siglo XVIII diccionarios francés-español publicados en España por autores españoles, si bien es cierto que no llegaron a suplantar en fama a los provenientes del extranjero. En la primera mitad del siglo se publicaron los de Torre y Ocón (1728-1731) y Herrero (1744), quizá desconocidos para Capmany dada su lejanía temporal y su falta de reediciones. Pero ¿tampoco había oído hablar Capmany del diccionario más cercano de González de Mendoza (1761-1763)? Quizá Capmany —pese a ser catalán— no conociera o no viera como verdadero diccionario el somero vocabulario comercial trilingüe catalán-castellano-francés de Broch (1771) y no considerara como verdadero diccionario de la lengua el de nombres propios de Álvarez Pato (1793), pero ¿y el diccionario de Terremos (1793), en especial el tomo IV, que contenía, entre otros, un repertorio español-francés de las voces de artes y ciencias, campo léxico que tanto preocupaba a Capmany (FERNÁNDEZ DÍAZ 1987, ANGLADA ARBOIX 1997-1998)? En todo caso —insistimos—, como se ve por este recorrido, en líneas generales Capmany tenía razón: los verdaderos diccionarios francés-español de su tiempo y los más famosos y reeditados de todo el siglo venían de fuera de España. Para una relación de los diccionarios francés-español anteriores al siglo XVIII, véanse QUEMADA (1967: 568-630), FABBRI (1979: 133-139), NIEDEREHE (1987: 15-20), LÉPINETTE (1990: 340-341), ALVAR EZQUERRA (1991: 9-11), VERDONK (1991: 2983-2985), GARCÍA BASCUÑANA (1996), BRUÑA CUEVAS (1999a: 62-64).

⁸ Sobre la mala recepción en Francia del polémico prólogo del diccionario de Núñez de Taboada (en realidad el mismo que precedía al de Capmany), véase BRUÑA CUEVAS (1999a: 56-57).

de Taboada no incluye ningún sistema de pronunciación figurada. Y tampoco la incorporarán las sucesivas reediciones de la obra aparecidas en Francia (18 o 19 hasta 1883 según Fabbri 1979 y Verdonk 1991: 2.980) o en España (Madrid 1820, 1830; Barcelona 1862, 1886), ni los plagios más o menos confesados que irán apareciendo a lo largo del siglo⁹. La línea de diccionarios bilingües surgida del de Capmany supone así un temprano abandono de la práctica figurativa inaugurada por Cormon y Gattel¹⁰, a la cual no se volverá —casi medio siglo más tarde— hasta la publicación en Madrid del diccionario de Ramón Joaquín Domínguez (1845-1846)¹¹.

Los seis tomos del diccionario de Domínguez inauguran la serie de los grandes diccionarios bilingües francés-español que tuvieron curso en la segunda mitad del siglo XIX y que pueden ser incluso de carácter enciclopédico, como es el caso del de Domínguez primero y del de Fernández Cuesta después. No nos cabe duda de que esta tendencia a la publicación de diccionarios lo más completos posible contribuyó en gran medida a que no volviera a romperse, recién

⁹ Entre los plagios fraudulentos hay que incluir sin duda las ediciones de bolsillo de París (1823, 1825) y Aviñón (1824). En efecto, en un «Avis des éditeurs» de la tercera edición (1826) del verdadero diccionario de Núñez de Taboada, se lee que han emprendido acciones legales contra los editores de la edición de bolsillo por apropiación indebida del nombre de Núñez de Taboada, y en la décima edición (1845) anuncian que han ganado el caso ante los tribunales. Tal debe de ser la razón por la que el diccionario de bolsillo aparece en Madrid (1825) con el nombre de Grimaud de Velaunde por autor. Por otro lado, el editor Juan Oliveres estuvo publicando en Barcelona diccionarios que, sin nombre de autor en portada (aunque seguramente a cargo de Bergnes de las Casas, cf. MARTÍN GAMERO, 1961: 229), se presentaban como basados en el de Núñez de Taboada (3ª ed. en 1848, otras en 1850, 1854, 1858); desde 1859 incorpora en portada los nombres de otros autores de diccionarios como fuente de inspiración de la obra (nuevas ediciones en 1863, 1877). Citemos también el diccionario de José Marchena (Burdeos, 1821), que ya desde la portada confiesa igualmente su deuda con Núñez de Taboada.

¹⁰ También hubo diccionarios que, sin ser deudores o sin confesar filiación con el diccionario de Capmany, tampoco incluyeron la transcripción de la pronunciación. Así, los de Hamonière (1820), Berbrugger (1825), Trapany / Rosily (1826), Martínez López / Maurel (1839). Por supuesto, tampoco la traían los diccionarios bilingües especializados, tales como los de vocabulario militar de Moretti (1828) o La Llave (1846).

¹¹ En realidad le había precedido en la inclusión de la pronunciación figurada el vocabulario escolar de Francisco Piferrer (Toulouse, 1841), el cual, por su carácter escueto, nunca tuvo fama como diccionario, siendo su autor más conocido por su gramática (1847) que por esta obra (Fernando Araujo, por ejemplo, la tiene en cuenta en la crítica que hace en el prólogo de su propia gramática de las anteriormente aparecidas). En el mismo año en que salía en Madrid el primer tomo del diccionario de Domínguez (1845), Piferrer y Neira sacaban también en Toulouse un verdadero diccionario bilingüe con pronunciación figurada.

recuperada, la práctica de incluir la pronunciación figurada de las voces. Y es que, en ese siglo de continuas sublevaciones armadas de todo signo, el destacado revolucionario que era Joaquín Domínguez murió acribillado en las calles madrileñas durante la revuelta del 7 de mayo de 1848¹². No pudo ver, pues, la segunda edición de su diccionario (1853-1854), cuyos editores, a juzgar por lo que declaran en el prólogo, debieron de estar tentados de eliminar la pronunciación figurada del francés que se incluía en la primera edición, como eliminaron la del español:

Y aunque, á nuestro parecer, de nada aprovechan las pronunciaciones figuradas para el estudio prosódico y fonético de un idioma, hemos querido respetar la idea que con ello se propuso Dominguez; pero tan poca uniformidad y tales descuidos íbamos hallando en el sistema adoptado para representar con sonidos españoles los franceses, que á los pocos pliegos tuvimos que introducir en ello alguna reforma, sin que por eso nos parezca haber resuelto la dificultad de enseñar por la vista lo que solo puede entrar por el oido. En la parte española-francesa que no tan solo ha de ser adicionada, sino refundida en varios parages, hemos resuelto suprimir por completo los sonidos figurados, puesto que tratándose de la fácil y sencillísima pronunciacion española, nos parece mas conveniente reasumir todos los casos en unas pocas reglas para gobierno de los franceses que deseen ó necesiten acudir á esta clave de consultar (1853: prólogo).

Por fortuna, este escepticismo no lo compartieron, como decíamos, los autores de otros grandes diccionarios bilingües editados por las mismas fechas. El gran lexicógrafo Vicente Salvá —autor, como Domínguez, no sólo de un importante diccionario bilingüe, sino también de un famoso diccionario monolingüe del español¹³— contribuirá decisivamente con el suyo (1856) al asentamiento de la práctica de incluir la pronunciación figurada. Contrastando con nuestra cita anterior, véase el comienzo del prólogo del diccionario de Salvá:

Una de las mejoras que se ha querido introducir en los Diccionarios modernos para aprender las lenguas vivas es la pronunciacion figurada, desechándose en general como defectuoso todo Diccionario que no la contenga; es de grande utilidad y aun necesaria si se trata del inglés tanto para los Franceses como para los Españoles. En cuanto á la lengua francesa, no hace mucho tiempo que los Españoles han pensado en ello; pero á pesar de ofrecer ménos dificultad, han sido poco felices en sus primeros ensayos, si ha de juzgarse por los Diccionarios publicados en Madrid (1856: v).

¹² Sobre la vida y el diccionario bilingüe de Domínguez, véase Seco (1987: 152-157).

¹³ Nos referimos al *Diccionario de la lengua castellana* de Salvá (1838) y al *Diccionario nacional* de Domínguez (1846-1847). Sobre la vida y obra de Salvá, véase *Corpus représentatif* (1998: 311-313).

El prólogo del diccionario de Salvá atacará duramente las transcripciones de Domínguez, pero tales ataques serán por el método empleado y no ya —contrariamente al caso de las críticas de Capmany a sus predecesores— por el hecho mismo de incluirlas. Quedó así definitivamente establecido el uso de completar las entradas de los diccionarios bilingües con la pronunciación figurada. En efecto, lo que sigue en el prólogo¹⁴ a la cita anterior es una exposición detallada de las deficiencias que comporta el sistema de transcripción de Domínguez, así como un listado de algunos de los múltiples errores cometidos por este autor en lo relativo a la pronunciación correspondiente a ciertos grupos gráficos franceses. Pero, a cambio, Salvá ofrece un método alternativo: explica prolijamente el sistema de transcripción adoptado en la obra, lo cual presenta un fuerte contraste con la falta de comentarios preliminares al respecto en la primera edición del diccionario de Domínguez o con lo escueto de tales comentarios en diccionarios posteriores.

No obstante, estas críticas a Domínguez llegaron tarde para el diccionario bilingüe de Domingo Gildo, aparecido en Madrid (1850) con el mismo sistema de pronunciación figurada del francés —sólo levemente retocado— de que se había valido Domínguez. Este sistema, por lo demás, ni siquiera cambiará en la siguiente edición del diccionario de Gildo (París, 1858), a pesar de ser ya posterior a los ataques vertidos contra los usos de Domínguez en el prólogo del diccionario de Salvá y hasta en el redactado por los editores de la segunda edición de la obra de Domínguez¹⁵. Tales críticas, por el contrario, fueron de provecho para Fernández Cuesta, autor, como hemos dicho, de un diccionario bilingüe de carácter enciclopédico (1885-1887) (García Bascuñana, 1992, 1992-1993: 52-60). Sirva un ejemplo.

¹⁴ Tal prólogo no es de Salvá. Aunque, según SUÁREZ GÓMEZ (1961: 343), la primera edición del diccionario salió en Besançon en 1836, según el prólogo de 1856 Salvá inició su publicación en 1840, pero murió (en 1849) dejándola inacabada. La obra apareció pues al completo, por vez primera, en 1856, encargándose de dar forma editorial al material reunido por Salvá dos «literatos»: además de redactar el prólogo, Guim se encargó de la parte francés-español y Noriega de la parte español-francés. Suponemos que la idea de incluir una pronunciación figurada sería de Salvá, que habría tenido ocasión de familiarizarse con ella desde que preparó —si confiamos en PALAU (1977)— la reedición de 1826 del diccionario de Gattel.

¹⁵ El diccionario de Gildo ha tenido larga vida, quizá en parte gracias a que también se mantuvo la casa editora parisina (Bouret) que tenía los derechos desde 1858. Naturalmente, ha ido sufriendo modificaciones con el relevo de los autores que lo ponían al día. La edición de 1897, por ejemplo, a cargo de Gutiérrez Brito, cambia ya de sistema de transcripción, el cual se aleja radicalmente del original en las ediciones de mediados del xx, tales como la de 1948-1950 a cargo de Delgado Campos.

El prólogo del diccionario de Salvá condena la práctica de separar en la transcripción unas de otras las sílabas de cada voz: «[En los diccionarios publicados en Madrid] se ha adoptado un método que causa oscuridad, y consiste en cortar las palabras ó separar cada una de sus sílabas con guiones ó rayitas como si se tratara de enseñar á deletrear». (1856: v). Tal división silábica ya aparecía en las figuraciones del diccionario de Féraud, por lo que Gattel, que lo tomó como base, recurrió igualmente a ella. No es de extrañar, por tanto, que Cormon también la usara. Al retomar Domínguez la práctica figurativa lo hace según el mismo modelo silábico, en lo cual lo seguirá fielmente Gildo¹⁶. Por su parte, algunos diccionarios monolingües franceses del XIX mantendrán la misma práctica, siendo así que Littré, por ejemplo, también separa las sílabas entre sí en su pronunciación figurada. Pese a la gran influencia de este autor, Fernández Cuesta será ante todo sensible a la condena hecha por el prólogo del diccionario de Salvá, por lo que, como éste, presenta ya la transcripción de cada palabra formando un bloque, sin entrecortarla con guiones intersilábicos. La tradición de este empleo del guión quedaba así definitivamente rota en nuestro corpus. Ya no aparecerá de nuevo ni en aquellos diccionarios que adoptaron el modelo figurativo de Fernández Cuesta —es el caso del diccionario de Alcalá-Zamora/Antignac—, ni en los que adoptaron otro sistema, ni tampoco, siquiera, en las reediciones de diccionarios que en su origen distinguían las sílabas: entre los cambios que introduce Gutiérrez Brito en la pronunciación figurada que se hallaba en el diccionario de Gildo —de cuya publicación se encarga a finales del XIX— está la supresión de la división silábica.

No debe deducirse de lo expuesto hasta ahora que el ejemplo de los grandes hitos de la lexicografía bilingüe francés-español del XIX en lo tocante a la inclusión de la pronunciación figurada fuera ya seguido por todo diccionario bilingüe que se publicara. La generalización progresiva de la obligación de cursar Francés en la segunda enseñanza favoreció la aparición de diccionarios bilingües de dimensiones y pretensiones modestas. Esto, unido a la necesidad de conseguir ediciones económicas, llevó a la aparición de ciertos diccionarios bilingües —como el de Julio Casares (ca. 1911)— que no incluían la transcripción de las voces. Pero también es verdad que el público en general y los alumnos de secundaria que lo desearon siempre dispusieron de una oferta variada de diccionarios que, adaptados a sus necesidades, siguieron incluyendo la pronunciación figurada, tanto por imitación de los grandes diccionarios como porque —y quizá principalmente— las transcripciones podían completar convenientemente la

¹⁶ El vocabulario de Piferrer (1841) no separa las sílabas; sí lo hace en cambio el diccionario de Saint-Hilaire (1860), aunque sirviéndose de espacios blancos en vez de guiones. También es significativo, en el caso de este último diccionario, el hecho de que, desde que apareció en 1847, la primera edición que trae pronunciación figurada es la de 1860.

formación escolar que se había recibido o se estaba recibiendo en lo relativo a la pronunciación del francés. Tal es el caso de los de Miguel de Toro y Gómez (1912, 3ª ed.), Pedro de Alcalá-Zamora y Théophile Antignac (1911), Rafael Reyes (1926), Arturo Cuyás Armengol (1927) o Pedro Fábrega (1940-1941).

En los últimos cincuenta años la situación no ha cambiado sustancialmente. Grandes diccionarios, como el de Emilio María Martínez Amador (1950), siguen proporcionando una pronunciación figurada; y, entre los diccionarios destinados al alumnado de secundaria, a estudiantes universitarios o a quienes estudian lenguas extranjeras, la mayoría incluyen también un sistema de transcripción de las voces. Como antaño, hay algunos que eluden esta información: no la incluye, por ejemplo, el diccionario de Denis/Maraval (1960) pese a la fama y a la difusión que le asegura la importante empresa que lo edita (Hachette); pero quizá esa circunstancia explique —al menos en parte: no puede olvidarse el factor de la más o menos grande competitividad económica de las editoras— que cada vez más, durante los últimos veinte años, el diccionario de Hachette se haya visto sustituido en las cotas de venta —al menos en España— por diccionarios que sí incluyen transcripción fonética (los de Larousse o Collins, por ejemplo)¹⁷.

El que, como acabamos de decir, el diccionario de Denis/Maraval no incluya transcripción de la pronunciación, pese a estar destinado al mundo de la enseñanza secundaria y universitaria, se explica seguramente porque, en principio, se pensó principalmente para francófonos que aprendían el español. Ello hacía posible prescindir de toda preocupación por transcribir las entradas francesas y resultaba razonable en lo relativo al español, dado que la ortografía española, contrariamente a la francesa, se ha visto tradicionalmente como reflejo bastante fiel de la pronunciación por su regularidad y su fuerte base fonética. Sean cuales sean las objeciones que esta visión pueda despertar, lo cierto es que, como decimos, ha sido compartida por un gran número de lexicógrafos¹⁸. Tanto

¹⁷ El número de diccionarios aparecidos en la segunda mitad del xx es elevado; además de los de Serge Denis y Marcel Maraval (Hachette, 1960; sólo francés-español), Serge Denis, Léon Pompidou y Marcel Maraval (Hachette, 1968; español-francés), Ramón García-Pelayo y Jean Testas (Larousse, 1967) y Carlos Giordano y Saul Yurkievich (Collins, 1991), cabe recordar los de Miguel de Toro y Gisbert (Larousse, ca. 1950), Vox (Spes, 1950), Mariano Puy Costa (Langenscheidt, 1966, 2ª ed.), Sopena (1972) o Ana María García Navarro y Jacqueline Clerc (Herder, 1976).

¹⁸ *Cfr.* más arriba nuestra cita del prólogo de la segunda edición (1853) del diccionario de Domínguez. Otro ejemplo se encuentra en la declaración de Saint-Hilaire Blanc en el prólogo de su diccionario: «La prononciation des syllabes espagnoles diffère essentiellement de celle des syllabes françaises; autant la première est simple et uniforme et reproduit dans les syllabes, dans les paroles, la prononciation isolée des lettres dont elles sont composées, autant la seconde présente de complications, de variations et d'exceptions» (1860: prólogo).

es así que, aunque hasta ahora nos hemos referido sin más a diccionarios que incluyen o no pronunciación figurada, en realidad, a lo largo de estos dos siglos, junto a los que transcriben tanto la pronunciación de las entradas francesas como la de las españolas, hay otros que no incorporan la pronunciación figurada más que en la parte francés-español¹⁹. La idea de base, en tales casos, ha sido siempre la misma: la dificultad de la ortografía francesa requería la transcripción, pero no así la simplicidad de la española. Idea de base que se completa con esta otra: incluso si hay sonidos españoles que no existen en francés, estos son pocos comparados al elevado número de sonidos franceses que no existen en español:

La pronunciación figurada de las palabras francesas para los españoles es mucho más difícil que la de las palabras españolas para los franceses. En efecto, si los sonidos españoles se encuentran casi todos en la pronunciación francesa, muchos de los de esta última no existen en español (Toro y Gómez, 1912: XI-XII).

Así pues, ortografía compleja y número elevado de sonidos inexistentes en español hacen que la inclusión de la pronunciación figurada del francés sea siempre necesaria, mientras que puede obviarse la del español —dada su transparencia ortográfica y los pocos sonidos castellanos inexistentes en francés— con sólo dar en las páginas preliminares algunas nociones de su fonética y de la regularidad de su ortografía. Es la solución adoptada por Martínez Amador, quien, tras declarar «La prononciation espagnole étant des plus simples, il suffira ici d'en donner un bref aperçu» (1953: 907), expone algunas nociones grafo-fonéticas relativas al castellano, ahorrándose así en la parte español-francés la pronunciación figurada que incluye en la parte francés-español²⁰.

Por supuesto, otros factores, además de los expuestos, condicionan la decisión de incorporar la transcripción sólo en la parte francés-español o también en la parte español-francés. Entre los principales, el deseo de ahorrar espacio

¹⁹ Traen transcripción del español los diccionarios de Cormon, Piferrer, Domínguez (sólo la edición de 1845), Saint-Hilaire Blanc (desde 1860), Salvá, Toro y Gómez, Toro y Gisbert, Cuyás. El diccionario *Iter* de Sopena, edición de 1975, también la trae, pero no así otras ediciones anteriores. Traen la pronunciación del francés, pero no la del español, los de Domínguez (1853), Fernández Cuesta, Alcalá-Zamora & Antignac, Reyes, Fábrega, Vox, Martínez Amador, Puy Costa, García Navarro & Clerc, Giordano & Yurkievich.

²⁰ Y ello a pesar de que este autor es el único de nuestro corpus que —con el fin de justificar que unas entradas francesas lleven en su obra pronunciación figurada y otras no— dice que la correspondencia grafo-sonido —lo que él llama «fonética»— en francés no es tan irregular como suele creerse: «Dada la regularidad general de la fonética francesa, no se ha creído necesario recargar el texto con la expresión de la pronunciación figurada en cada palabra» (1953: 11).

para rebajar el precio de las ediciones o el que el público al que se destina la obra sea principalmente francés. El resultado de todo ello será siempre, o bien un diccionario que no transcribe ninguna de las dos lenguas, o bien uno que sólo transcribe el francés (cuando el público al que se destina la obra es principalmente hispanohablante o cuando se destina en igual medida a hispanófonos y francófonos). En todo caso, el resultado del conjunto de condicionantes al que nos hemos referido no es, en ninguno de los diccionarios de nuestro corpus, la presencia de la pronunciación figurada sólo en la parte español-francés, a pesar de que esta opción es concebible si el destinatario de la obra es principalmente el francófono, como hemos dicho que es el caso del diccionario de Denis/Maraval. Tal como este diccionario lo prueba, las variantes son sólo dos: o la transcripción tanto de las entradas francesas como de las españolas, o la transcripción únicamente de las francesas. Consideramos por ello que el diccionario que empieza nuestra serie —el de Cormon— es en cierto modo una excepción. No porque sólo traiga transcrito el español, ya que, como hemos explicado, transcribe ambas lenguas, sino porque el plan original del autor, si nos fiamos de lo que declara en el prólogo, fue sólo incluir la transcripción del español. Por otro lado, el hecho de que, incluso en este caso, el resultado final fuera la transcripción de las dos lenguas confirma contundentemente la imposibilidad histórica de encontrar un diccionario francés-español y español-francés que sólo contenga la pronunciación figurada del español²¹.

Lo reducido del espacio de que se dispone siempre en un coloquio nos impide hacer una exposición, ni siquiera somera, de los tipos de pronunciación figurada empleados a lo largo de estos dos últimos siglos. Resumiremos, pues, señalando que —sin tener en cuenta los diccionarios que han recurrido al alfabeto fonético internacional— se han manifestado básicamente dos tendencias: la de quienes intentaron avisar a sus usuarios de la presencia en las entradas de sonidos inexistentes en español y la de quienes no consideraron esto como lo fundamental. Los primeros pusieron en práctica, para alcanzar su objetivo, todo un conjunto de recursos tipográficos, tales como los cambios de caracteres (cursiva, negrilla, versalita, volada), los signos diacríticos (diéresis, distintas clases de acentos, apóstrofo) o los grupos especiales de letras (*sch*, *gh*); con ello lograron afinar la representación de la palabra oral, pero dieron un aspecto poco atractivo a la pronunciación figurada, a veces difícil de interpretar para los pocos avaros a tales menesteres. Precisamente como reacción a esta práctica, y con el fin de evitar estos inconvenientes, surge la otra tendencia figurativa de nuestro corpus, la que lleva a una simplificación extrema del método transpositivo; con

²¹ Con todo, este diccionario sigue teniendo de particular el ser el único de nuestro corpus que, trayendo la pronunciación figurada de ambas lenguas, transcribe mayor número de entradas españolas que de entradas francesas.

ello se persigue que cualquiera pueda entender fácilmente la pronunciación figurada, pero pagando a cambio el alto precio de falsear la verdadera pronunciación, de dar una equivocada impresión de que los sistemas fonológicos del francés y del español se parecen entre sí más de lo que realmente ocurre; de engañar, en cierto sentido, al usuario.

En algún próximo trabajo esperamos desarrollar y ejemplificar lo que aquí sólo hemos podido apuntar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR EZQUERRA, Manuel (1991), «Antiguos diccionarios plurilingües del español», en Brigitte LÉPINETTE, M.^a Amparo OLIVARES y Emma SOPEÑA (eds.), *Actas del primer coloquio internacional de traductología*, Valencia, Universitat de València, pp. 7-14.
- ANGLADA ARBOIX, Emilia (1997-1998), «Traducción y diccionario. Algunos neologismos de la Química en el *Nuevo Diccionario Francés-Español* (1805) de A. de Capmany», *Revista de Lexicografía*, 4, pp. 31-48.
- BRUÑA CUEVAS, Manuel (1999a), «L'universalité de la langue française dans les grammaires de français pour les Espagnols et dans les dictionnaires bilingues antérieurs à 1815», *Historiographia Linguistica*, 26/1-2, pp. 37-71.
- (1999b), «Las mejoras aportadas a la traducción por el diccionario de Capmany (1805)», en Francisco LAFARGA (ed.), *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida, pp. 99-110.
- (2000), «El primer diccionario francés-español con transcripción fonética (Cormon, 1800)», en Montserrat Serrano MAÑES, Lina AVENDAÑO ANGUITA y M.^a Carmen MOLINA ROMERO (eds.), *La Philologie française à la croisée de l'an 2000. Panorama linguistique et littéraire*, Granada, APFFUE - Universidad de Granada, tomo II, pp. 165-177.
- CORPUS représentatif des grammaires et des traditions linguistiques (tome 1)* (1998). *Histoire, épistémologie, langage*, hors-série num. 2.
- FABRI, Maurizio (1979), *A Bibliography of Hispanic Dictionaries: Catalan, Galician, Spanish, Spanish in Latin America and the Philippines. Appendix: A Bibliography of Basque Dictionaries*, Imola, Galeati.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, María del Carmen (1987), «La contribución de A. de Capmany a la creación del vocabulario técnico-científico castellano», *Verba*, 14, pp. 527-534.
- (1989), «Antonio de Capmany y el problema de la traducción y del aprendizaje del—francés en la España del siglo XVIII», en Julio César SANTOYO, Rosa RABADÁN, Trinidad GUZMÁN y José Luis CHAMOSA (eds.), *Fidus interpres. Actas de las primeras jornadas nacionales de Historia de la Traducción*, León, Universidad de León, tomo II, pp. 272-277.
- GARCÍA BASCUÑANA, Juan Francisco (1992), «Le *Dictionnaire français-espagnol/espagnol-français* de Nemesio Fernández Cuesta et la rénovation de l'enseignement des langues

- étrangères en Espagne à la fin du XIX^e siècle», en Annick GROUD (ed.), *Aspects de l'histoire de l'enseignement des langues: 1880-1914* (= *Bulletin CILA*, 56), pp. 117-124.
- GARCÍA BASCUÑANA, Juan Francisco (1992-1993), «La obra lexicográfica de Nemesio Fernández Cuesta: su significación en la historia de los diccionarios bilingües francés-español, español-francés», *Universitas Tarraconensis. Filologia*, 14, pp. 45-61.
- (1996), «Contribución al estudio de los diccionarios bilingües francés-español/español-francés: aproximación histórica y metodológica», en Esther Forgas (ed.), *Léxico y diccionarios*, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili-Dept. de Filologies Romàniques, pp. 91-103.
- (1999), «De Gattel y B. Cormon a Capmany y Núñez de Taboada: en torno a ciertos aspectos y procedimientos de la lexicografía bilingüe francés-español entre 1790 y 1812», en Francisco LAFARGA (ed.), *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida, pp. 111-120.
- LÉPINETTE, Brigitte (1990), «La lexicographie franco-espagnole avant le *Tesoro de las dos lenguas* de César Oudin (1606)», *Travaux de linguistique et de philologie*, 28, 316-342.
- MARTÍN GAMERO, Sofía (1961), *La enseñanza del inglés en España (desde la Edad Media hasta el siglo XIX)*, Madrid, Gredos.
- NIEDEREHE, Hans-Josef (1987), «Les dictionnaires franco-espagnols jusqu'en 1800», *Histoire, épistémologie, langage*, 9/2, pp. 13-26.
- PALAU Y DULCET, Antonio (1948-1977), *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, Palau.
- QUEMADA, Bernard (1967), *Les Dictionnaires du français moderne 1539-1863. Étude sur leur histoire, leurs types et leurs méthodes*, París, Didier.
- ROIG, Carmen (1995), «El *Nuevo diccionario francés-español* de Antonio de Capmany», en Francisco LAFARGA, Albert RIBAS y Mercedes TRICÁS (eds.), *La traducción. Metodología, historia, literatura. Ámbito hispanofrancés*, Barcelona, PPU, pp. 75-80.
- SECO, Manuel (1987), «Ramón Joaquín Domínguez», en *Estudios de lexicografía española*, Madrid, Paraninfo, pp. 152-164.
- SUÁREZ GÓMEZ, Gonzalo (1961), «Avec quels livres les Espagnols apprenaient le français (1520-1850)», *Revue de littérature comparée*, 35/1-2-3, pp. 159-171, 330-346, 512-523.
- VERDONK, Robert A. (1991), «La lexicographie bilingüe español-francés, francés-español», en Franz Josef HAUSMANN, Oskar REICHMANN, H.E. WIEGAND y L. ZGUSTA (eds.), *Wörterbücher, Dictionaries, Dictionnaires: Encyclopédie internationale de lexicographie*, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, tomo III, pp. 2.976-2.987.

FUENTES PRIMARIAS CITADAS

- ALCALÁ-ZAMORA, Pedro de y ANTIGNAC, Théophile (1911), *Diccionario francés-español y español-francés*, Barcelona, Sopena.

- ÁLVAREZ PATO Y CASTRILLÓN, Agustín (1793), *Diccionario de los nombres propios de hombres y mugeres, en las quatro lenguas Castellana, Latina, Francesa é Italiana*, Madrid, Imprenta Real.
- ANÓNIMO (1848, 30), *Nuevo diccionario francés-español y español francés, mas completo que cuantos se han publicado hasta el dia, redactado sobre el de Nuñez de Taboada y aumentado con mas de 10.000 voces y 10.000 acepciones nuevas que no se hallan en el dicho autor*, Barcelona, Juan Oliveres. Otras ediciones citadas: Barcelona, Juan Oliveres, 1850, 1854, 1858.
- ANÓNIMO (1859), *Novísimo diccionario francés-español y español-francés: el mas completo de cuantos se han publicado en España y en el extranjero hasta hoy día. Redactado sobre el de Núñez de Taboada y aumentado con más de 12.000 voces y 12.000 acepciones nuevas que no se hallan en los de Capmany, Salvá, Martínez-López y demás autores modernos, así nacionales como extranjeros*, Barcelona, Juan Oliveres. Otras ediciones citadas: Barcelona, Oliveres, 1863, 1877.
- ANÓNIMO (1950), *Vox. Diccionario manual francés-español, español-francés*, Barcelona, Spes.
- ANÓNIMO (1972), *Diccionario ITER francés-español y español-francés*, Barcelona, Sopena. Otras ediciones citadas: 1975, Barcelona, Ramón Sopena.
- ARAUJO, Fernando (1911-1913, 7^a-8^a [188?]), *Gramática razonada histórico-crítica de la lengua francesa*, Toledo, autor.
- BERBRUGGER, Louis-Adrien (1835, 2^a [1825]), *Nouveau dictionnaire de poche français-espagnol, et espagnol-français*, París, Thiérot.
- BROCH, Joseph (1771), *Promptuario trilingue... en los tres Idiomas, Cathalan, Castellano, y Francés*, Barcelona, Pablo Campins.
- CAPMANY, Antonio de (1776), *Arte de traducir el idioma Francés al Castellano*, Madrid, Antonio de Sancha.
- (1805), *Nuevo Diccionario Francés-Español. En este van enmendados, corregidos, mejorados, y enriquecidos considerablemente los de Gattel, y Cormon*, Madrid, Sancha.
- CASARES, Julio (¿1911?), *Nuevo Diccionario Francés-Español y Español-Francés*, Madrid, Saturnino Calleja Fernández.
- CHANTREAU, Pierre-Nicolas (1797, 3^a [1781]), *Arte de hablar bien frances*, Madrid, Antonio de Sancha.
- CORMON, François (1769), *Sobrino aumentado o Nuevo Diccionario de las Lenguas Española, Francesa y Latina*, Amberes, Frères de Tournes.
- CORMON, J.L. Barthélemy (1800), *Diccionario portátil y de pronunciacion, español-frances y frances-español, al uso de ambas naciones*, Lyon, B. Cormon-Blanc-Reymann. Otras ediciones citadas: 1803 (2^a), Lyon, B. Cormon & Blanc.
- CUYÁS ARMENGOL, Arturo (1927), *Diccionario francés-español/Dictionnaire espagnol-français*, Barcelona, Hyma.
- DENIS, Serge y MARAVAL, Marcel (1960), *Dictionnaire français-espagnol*, París, Hachette.

- DENIS, Serge, POMPIDOU, Léon y MARAVAL, Marcel (1968), *Dictionnaire espagnol-français*, París, Hachette.
- DOMÍNGUEZ, Ramón Joaquín (1845-1846), *Diccionario universal francés-español y español-francés*, tomo I: Madrid, Viuda de Jordán e Hijos; tomos II-VI: Madrid, R.J. Domínguez. Otras ediciones citadas: 1853-1854 (2ª), Madrid-París, Mellado.
- (1846-1847), *Diccionario Nacional ó Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española*, Madrid, R.J. Domínguez.
- FÁBREGA, Pedro (1940-1941), *Diccionario Moderno Francés-Español y Español-Francés*, Cádiz-Madrid, Cerón-Cervantes.
- FÉRAUD, Jean-François (1787-1788), *Dictionnaire Critique de la Langue Française*, Marsella, Jean Mossy et fils.
- FERNÁNDEZ CUESTA, Nemesio (1885-1887), *Diccionario de las lenguas española y francesa comparadas redactado con presencia de los de las Academias española y francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados*, Barcelona, Montaner & Simón.
- GARCÍA NAVARRO, Ana María y CLERC, Jacqueline (1976), *Diccionario francés. I: Francés-Español. II: Español-Francés*, Barcelona, Herder.
- GARCÍA-PELAYO Y GROSS, Ramón y TESTAS, Jean (1967), *Dictionnaire français-espagnol/ Dictionnaire espagnol-français*, París, Larousse.
- GATTEL, Claude-Marie (1790), *Nouveau Dictionnaire Espagnol et François, François et Espagnol, avec l'interprétation Latine de chaque mot*, Lyon, Bruyset Frères. Otras ediciones citadas: 1794, Madrid, Gabriel Sancha. 1798, París, Chapelet. 1803, Lyon, Bruyset aîné.
- (1797), *Nouveau dictionnaire portatif de la Langue Française*, Lyon, Bruyset aîné et Comp.
- GILDOL, Domingo (1858, 2ª-3ª [1850]), *Diccionario francés-español y español-francés*, París: Rosa et Bouret. Otras ediciones citadas: París, Bouret, 1897 (edición de Francisco Gutiérrez Brito), 1948-1950 (edición de J. Delgado Campos).
- GIORDANO, Carlos y YURKIEVICH, Saul (1991), *Collins pocket diccionario francés-español, espagnol-français*, Barcelona, Grijalbo.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, Nicolás (1761-1763), *Diccionario General de las dos Lenguas Española, y Francesa*, Madrid, Andrés Ortega.
- GRIMAUD DE VELAUNDE, FRANCISCO (1825), *Nuevo diccionario portátil español-francés ó Compendio del diccionario grande de Núñez de Taboada*, Madrid, Ph. Denné.
- HAMONIERE, G. (1820), *Nuevo Diccionario de Faltriquera, Francés-Español y Español-Francés*, París, Théophile Barrois fils.
- HERRERO, Antonio María (1744), *Diccionario Universal, Francés, y Español*, Madrid, Imprenta del Reino.
- HERVÁS Y PANDURO, LORENZO (1787), *Vocabolario poliglotta con prolegomeni sopra più di CL lingue*, Cesena, Biagini.

- LA LLAVE, Pedro de (1846), *Vocabulario Francés-Español de términos de Artillería*, Segovia, Eduardo Baeza.
- LITTRÉ, Émile (1872 [1863]), *Dictionnaire de la langue française*, París, Hachette.
- MARCHENA, José (1821), *Diccionario manual francés-español, compendiado del de Capmany, Núñez de Taboada, etc.*, Burdeos.
- MARTÍNEZ AMADOR, Emilio María (1950), *Diccionario francés-español español-francés*, Barcelona, Ramón Sopena.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Pedro y MAUREL, Fr. (1839), *Diccionario Francés-Español y Español-Francés*, París, C. Hingray.
- MORETTI, Federico (1828), *Diccionario militar Español-Francés*, Madrid, Imprenta Real.
- NÚÑEZ DE TABOADA, Melchor Manuel (1812), *Diccionario español-francés y francés-español, más correcto y completo que todos los que se han publicado hasta ahora, sin exceptuar el de Capmany*, París, Brunot-Labbé, Rey et Gravier-Teófilo Barrois. Otras ediciones en Francia citadas: 1826 (3ª), París, A. Bobée-Rey et Gravier. 1845 (10ª), París, P.-J. Rey. Otras ediciones en España citadas: 1820, Madrid, Sancha. 1830 (6ª), Madrid, Sancha. 1862, Barcelona, Esteban Pujal. 1886, Barcelona, Pujol.
- (1823), *Nuevo Diccionario portátil Español-Francés*, París, L. Tenré et H. Seguin. Otras ediciones citadas: 1824, Avión, Jean-Albert Fischer.
- PIFERRER, FRANCISCO (1841), *Vocabulario de faltriguera Francés-Español y Español-Francés*, Toulouse, Delsol, Pradel et Comp.
- (1847), *El idioma francés puesto al alcance de todos, ó Método natural para aprender el francés de un modo fácil y agradable sin cansar la memoria*, Madrid, s. e.
- PIFERRER, FRANCISCO y NEIRA, Miguel de (1845), *Nouveau dictionnaire Français-Espagnol et Espagnol-Français*, Toulouse, Bon et Privat.
- PUY COSTA, Mariano (1966, 2ª), *Diccionario moderno Langenscheidt de los idiomas francés y español*, Berlín-Múnich-Zúrich, Langenscheidt K.G.
- REYES, Rafael (1926), *Diccionario Francés-Español y Español-Francés*, Madrid, Huelves y Cía.
- SAINT-HILAIRE BLANC (seudónimo de Marie-Jean Blanc Saint-Hilaire) (1861 [1847]), *Novísimo diccionario francés-español y español-francés con la pronunciación figurada en ambas lenguas. Conforme con los mejores diccionarios y mas exacto, correcto y completo que todos los publicados hasta el día, en dos y en seis tomos en octavo*. Edición de la parte española por M.A. de Jover, Madrid, Gaspar y Roig.
- SALVÁ, Vicente (1838), *Diccionario de la lengua castellana por la Academia Española*, París, Salvá.
- (1856), *Nuevo Diccionario Francés-Español y Español-Francés*, edición de J.B. Guim y Francisco de Paula Noriega, París, Garnier.
- SÉJOURNANT, Pierre de (1759), *Nouveau Dictionnaire Espagnol-François et Latin*, París, Charles-Antoine Jombert.

- SOBRINO, FRANCISCO (1705), *Diccionario Nuevo de las lenguas Española y Francesa*, Bruselas, F. Foppens.
- TERREROS Y PANDO, Esteban de (1768-1793), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana*. Tomo IV: *Los tres alfabetos frances, latino e italiano con las voces de ciencias y artes que le corresponden en la lengua castellana*, Madrid, Ibarra.
- TORO Y GISBERT, Miguel de (1953), *Pequeño diccionario español-francés/Petit dictionnaire français-espagnol*, París, Larousse.
- TORO Y GÓMEZ, Miguel de (?1912?, 3ª), *Nuevo diccionario francés-español y español-francés*, París, Armand Colin.
- TORRE Y OCÓN, Francisco de la (1728-1731), *El Maestro de las dos Lenguas. Diccionario Español, y Frances; Frances, y Español*, Madrid, Juan de Ariztia.
- TRAPANY, Domingo Gian y ROSILY, A. de (1826), *Nouveau dictionnaire français-espagnol et espagnol-français avec la nouvelle orthographe de l'Académie espagnole rédigé d'après Gattel, Capmany, Nuñez de Taboada, Boiste, Laveaux etc.*, París-Nueva York-Méjico, Thoriner-Desplaces.